

Tercer Domingo de Cuaresma – Ciclo C

20 de marzo de 2022

Por: P. Lorenzo Amigo
Sacerdote Marianista

Construir la paz

La guerra de Rusia y Ucrania ha causado miles de muertos y millones de fugitivos que empiezan a llamar a nuestras puertas. Lo han perdido todo. Las guerras las ganan los fabricantes y vendedores de armas que han armado a ambos bandos y se han forrado de dinero. La guerra **la pagamos todos**. Esta guerra, en nuestro continente, nos está conmoviendo a todos y está provocando una oleada de solidaridad. Las guerras en África o en Siria parecen cosas de países no desarrollados, no democráticos.

Esta guerra, en cambio, es de países europeos, de historia cristiana, hoy día más o menos democráticos, que debieran saber solucionar sus diferencias a través del **diálogo**. Desgraciadamente no hemos aprendido de las dos guerras mundiales del siglo XX. Ante tanto sufrimiento, tenemos la impresión de que no existe Dios o que el mundo está dejado de las manos de Dios o se le ha escapado de sus manos. Son muchos los que lanzan inmediatamente la pregunta: ¿Existe Dios? ¿Dónde está Dios? ¿Cómo Dios puede permitir la muerte de tantos inocentes? ¿Qué le he hecho yo a Dios?

A estas preguntas el creyente no puede dar otra respuesta que la de Jesús ante las trágicas muertes que nos cuenta el evangelio de hoy (Lc 13,1-9). Ni los hombres ni Dios tienen la culpa de estos desastres. Dios, sin embargo, nos quiere decir algo a través de ellos. Es ese mensaje el que debemos acoger. ¿A qué nos invitan esos desastres? Ante todo, a **la solidaridad y a luchar contra el mal**. En eso estamos de acuerdo creyentes y no creyentes. Sufrimos con los que sufren e intentamos con nuestra ayuda paliar ese dolor. Pero el creyente descubre además **una llamada a la conversión**, a reorientar nuestra vida hacia Dios.

Nuestra conversión no va a impedir que siga habiendo erupción de volcanes, pero puede lograr que no sigan muriendo inocentes y que los menores

estén protegidos. Jesús está preocupado por el destino del hombre, sin duda ligado al destino de esta tierra que puede terminar de manera trágica. El destino eterno del hombre nos lo jugamos con nuestra vida. Lo terrible no es morir sepultado por la lava de un volcán, sino morir tranquilamente en la cama, sumergido en el egoísmo, de espaldas a Dios. Entonces sí que se perezca seriamente y se echa a perder la vida. Convertirnos constantemente a Dios es la manera de asegurar nuestra vida, no contra los volcanes sino contra **la perdición definitiva**.

El hecho de haber sido elegido por Dios no da ya al pueblo ninguna **garantía mágica de salvación** (1 Cor 10,1-6.10-12). Los israelitas durante el éxodo experimentaron las grandes hazañas realizadas por Dios a su favor: estuvieron protegidos por la nube, atravesaron el mar, comieron el maná, bebieron agua que brotó milagrosamente de la roca. Pero esto no les sirvió de nada a muchos que no agradaron a Dios con su conducta pecadora: codiciaron el mal, protestaron. Esa no es una historia pasada, sino que constituye toda una advertencia de lo que nos puede pasar a nosotros si no nos convertimos en serio. De nada nos servirá el decir que somos cristianos, miembros de la Iglesia, si luego nuestra conducta es más bien la de los paganos.

La cuaresma es un tiempo de gracia y de conversión. Es **la gran oportunidad** que Dios nos da, no como unas rebajas de una gracia barata, sino al contrario para tomarnos en serio el amor de Dios en nuestras vidas y responder con nuestro amor. Nuestras vidas pueden ser todavía las de una higuera estéril, que año tras año no produce fruto. Sólo escuchando la llamada de Dios y el clamor de nuestros hermanos que sufren, seremos capaces, como Moisés, de tener una vida fecunda (Ex 3,1-8.13-15). Que la celebración de esta eucaristía haga que nuestras vidas, injertadas en Cristo, produzcan frutos buenos para la salvación del mundo.